

YO DOLOR

Alberto Loschi

Nos resulta difícil abordar el tema del dolor en un desarrollo que pretenda cierta linealidad sin, al mismo tiempo, reducir y recortar su naturaleza la cual, por el contrario, se nos muestra compleja y polifacética.

Del dolor pueden predicarse los atributos más opuestos. Reconocemos su participación en la enfermedad, su presencia dañina, que inhibe la vida y que explica la tendencia, en todas las culturas, de implementar medios para evitarlo o suprimirlo. Esta diversidad de medios, de la que hasta se ha podido hacer una antropología estudiando los modos que las distintas culturas han ensayado para enfrentarlo, pueden reducirse a dos: interpretarlo, o sea explicar su sentido, o suprimirlo.

Pero también enfermamos para evitar el dolor y es una prueba de salud el poder vivirlo. Hay incluso místicos que lo exaltan y religiones que lo exigen. Aunque, por lo general, se le teme. En ocasiones el dolor nos enajena y otras participa en la curación, hasta poder reconocer en él un

carácter vital y necesario. Otras veces se lo busca como condición del goce. Aparece en las más variadas circunstancias. Es patético o ridículo, trágico o cómico, fugaz o duradero, importante o trivial.

Dada esta complejidad intentaremos abordarlo desde nuestra disciplina con el fin de tratar de encontrar un hilo que nos guíe en lo proteiforme de su fenomenología. Para ello reflexionaremos sobre el dolor en el mito de Edipo, haremos algunas consideraciones metapsicológicas y también diremos algo sobre su presencia en la clínica.

El dolor en el mito de Edipo

El mito pone en escena vínculos de amor, de odio, pero también, como señalara Bion, presenta las vicisitudes del vínculo con la verdad que ocupa un lugar central en el desarrollo del mismo.

En su afán de acceder a la verdad Edipo descubre que es el asesino de su padre y esposo de su madre. Este saber desata en el héroe un dolor intolerable que expresan las palabras que dice en el momento de la revelación: *“Ay, Ay!. Todo se cumple con certeza. Oh luz del día, que te vea ahora por última vez!”*.

Pero, merced a qué este conocimiento, que cobra el carácter de 'la verdad', puede desatar tanto dolor?. En qué sentido se implican el vínculo con la verdad y el dolor?. Hay un conocimiento, hay una verdad y hay un dolor. Veamos cada uno de estos.

En primer lugar no todo conocimiento guarda relación con la verdad, de hecho, la mayor parte de las veces el conocimiento marcha separado de la verdad, y no porque sea falso. Que el agua hierva a cien grados centígrados es un conocimiento, puede ser una verdad para la física, pero no es la verdad que consideramos en psicoanálisis. La verdad que descubre Edipo no tiene que ver con la correspondencia entre un conocimiento y 'la realidad objetiva', tal correspondencia siempre puede ser puesta en duda. Lo que ocurre en Edipo es mucho más que eso; no da lugar a duda. No es una verdad a nivel representacional como, por ejemplo, puede serlo la verdad científica que siempre da lugar a una palabra más. Es una verdad donde se acaban las palabras. Tampoco es la verdad del fanático, del cual sólo diremos que el fanatismo es prueba de su imposibilidad de creer. Por otro lado, la verdad de Edipo, no es una verdad que se cree; es una verdad que se vive, de ahí que para ella no sea pertinente la duda. Es un efecto de verdad. En ese sentido es parecida a la del delirio. Pero, en qué se parece la verdad de Edipo al

‘núcleo de verdad’ de un delirio?. De acuerdo al importante distingo que hace Freud en “Construcciones en análisis”, el delirio es una construcción que bordea e intenta circunscribir una impresión vivencial traumática. Es de esta última que surge el efecto de verdad que se arroga luego la construcción delirante. Del mismo modo, en Edipo, es el haber sido alcanzada esa impresión vivencial lo que provoca el efecto de verdad.

Pero, a qué llamamos -verdad- en este nivel?. A aquello que puede contener el desborde de la impresión traumática. En el caso del delirio la contención está dada por la hipercatéxis de una construcción a la que, por su exceso, pero sobre todo por la imposibilidad de renunciar a ese exceso, llamamos delirante. Para Edipo, en cambio, la hipercatéxis que bordea la impresión traumática cobra otra forma: el dolor, ‘dolor de verdad’.

Tendríamos que agregar que en el caso de Edipo el dolor pasa rápidamente a otro estado, la derivación a la acción (y al cuerpo), que se concreta en el acto de quitarse la vista y el exilio. La derivación a la acción, siempre abierta cuando la intensidad del dolor pasa cierto umbral, es el medio extremo para aislar el trauma. Aunque la implicancia de esto es la identificación al trauma; Edipo, ahora, es el

incesto y como tal debe ser aislado, se impone una barrera de contención; con la ceguera deja de ver y con el exilio de ser visto. Se cumple el rito de exclusión para el que se ha vuelto tabú.

Entre los múltiples usos que podemos dar a un mito está el poder tomarlo como modelo. Apliquemos entonces este modelo al proceso que lleva al acceso a la verdad en el sentido que le damos en psicoanálisis, o sea, el hacer consciente.

Edipo realiza un arduo trabajo antes de poder aceptar la evidencia. Primero la niega, luego la adjudica a otro, Creonte. Se trata de una “representación intolerable para el yo” que moviliza los mecanismos de defensa. Al largo trabajo para aceptar la verdad corresponde un cambio en el yo. Para poder saber primero ha de cambiar el lugar desde el que sabe. Mientras se cree “hijo de Pólipo y Mérope” sabe sin saber. Sólo al cambiar de lugar sabe que sabe y entonces no necesita ninguna constatación. Algo se ha hecho consciente.

Así dice Freud en la XVIII Conferencia que “hay saberes y saberes” y que hacer consciente no implica sólo un saber sino que requiere además un cambio psíquico que se logra después de un largo trabajo. Este cambio psíquico, que es ‘real’ y conlleva un efecto de verdad, involucra una impresión vivencial y va acompañado de dolor.

Podemos preguntarnos, por qué la verdad, tal como ésta nos importa en psicoanálisis, va asociada al dolor?, y también, por qué, aunque cobre forma de un saber, no depende tanto del saber sino de un cambio en el yo?, por último, en qué consiste ese cambio?. Para responderlas debemos ahondar en la cuestión del yo; en la constitución del yo.

Al considerar a éste último solemos acentuar el carácter de identificación, su imagen unitaria, el narcisismo del yo a partir del “nuevo acto psíquico” y queda más desatendida lo que podemos llamar la dimensión ‘real’, el núcleo real del yo. Al estudiar el dolor nos parece importante considerar esta última.

Yo placer - yo dolor

En cuanto a los aspectos más estudiados en la constitución del yo hay tres referencias nodales en la literatura psicoanalítica. Las recorreremos brevemente.

En primer lugar Freud. En “Interpretación de los sueños”, cuando aún no habla de yo en el sentido metapsicológico en que lo hará posteriormente, no obstante describe una experiencia que, si la leemos a la luz de conceptos posteriores, permite ser entendida como un

antecedente, una primera referencia a la constitución del yo. “La huella mnémica de experiencia de satisfacción” corresponde a una primera inscripción psíquica: la imagen de satisfacción -el deseo- que es catectizada alucinatoriamente cada vez que la tensión se renueva. Llama a ese proceso identidad de percepción. Bien es cierto que con dicho concepto se limita a indicar una tendencia a encontrar una correspondencia de identidad entre la percepción y la imagen del objeto de satisfacción. Pero creemos que es coherente con su desarrollo y lo enriquece extender el concepto de identidad de percepción entendiendo por tal aquel proceso por el que la percepción le da cualidad a una imagen -el deseo- en la que me reconozco. En la imagen encuentro mi identidad, ‘me veo en la imagen’. Está claro que de este modo le estamos haciendo decir a Freud más de lo que dijo, pero creemos que es acorde con otros desarrollos posteriores. Así, cuando habla de “yo placer” (1911, 1915, 1925) dice que “el yo placer no puede hacer otra cosa que desear” y se constituye a partir de y por identificación con el objeto que aporta placer. Esta imagen de placer es la que da consistencia al yo. Nos parece que esta consideración, en la que ya hace participar al yo, es una reformulación de “la huella mnémica de la experiencia de satisfacción”. El yo placer encuentra su identidad en la

imagen de deseo. En 1914 y 1923 hablará más precisamente de una identificación, el yo ideal, para referirse a esta dimensión del yo.

Otra referencia es la que da Lacan al describir el estadio del espejo. La imagen completa del espejo se asume jubilosamente y en ella precipita el yo; es una formación narcisista que correspondería al yo ideal.

La tercer referencia es de Winnicott al explicar la función de la mirada de la madre. Dice este autor que el bebé, al mirar los ojos de la madre, se ve a él mismo. Esta consideración es rica porque completa la estructuración psíquica que implica el yo placer. Encontramos en ella dos lugares que nos parece importante discriminar. Por un lado está el lugar donde se ve, por otro el lugar desde donde se mira -los ojos de la madre-. El primero lo homologamos con la identidad de percepción en Freud y con el estadio del espejo en Lacan, corresponde, como dijimos, al yo ideal. Pero, lo que incluye la frase de Winnicott es que, además, esta imagen debe ser sustentada desde otro lugar: la mirada de la madre. Se ve (en la imagen) desde la mirada de la madre. Cabe aclarar que en la descripción completa que hace Lacan del estadio del espejo también incluye este otro lugar -la mirada de la madre- al que asocia con el ideal del yo.

Esta estructura, ideal del yo-yo ideal, harían al yo placer. El principio del placer está regido desde esta organización. La misma implica una identificación, “un nuevo acto psíquico”; identificación compuesta por un soporte -ideal del yo- y una imagen -yo ideal-.

Freud y Lacan acentúan el carácter ilusorio de esta imagen de completud que implica un desconocimiento. Winnicott, en cambio, realza el carácter positivo de la ilusión, señalando la importancia de esta dimensión psíquica. A nuestro criterio ambas posiciones no se contraponen, ‘lo positivo’ y ‘lo negativo’ no reside en las dimensiones psíquicas sino que es resultado de la compleja coordinación entre ellas. Retengamos de lo dicho que, hasta acá, la imagen es un signo de existencia de yo.

En una contribución anterior decíamos que hacer consciente implicaba un pasaje de catéxis desde la inscripción imagen a la inscripción palabra. La imagen es sustituida-integrada en la palabra, lo que quiere decir que deja de ser la que comanda la conciencia para disolverse y quedar contenida en otra organización psíquica ahora comandada desde otra inscripción: la palabra. Expresábamos esto con una fórmula que incluía estos dos pasos, la dilución (des-ilusión) de la imagen (-h) y su sustitución en la palabra -p- :

$$\text{Csc} = (-h) + p.$$

Diferenciábamos así Conciencia, (+h), de Consciencia, (-h)+p. Este paso de catéxis implica una modificación del narcisismo. Lo que ahora podemos agregar es un tercer elemento que falta en la fórmula indicada más arriba. El pasaje de catéxis de la imagen a la palabra va acompañado a su vez de una afectación del yo que, en ocasiones, como en Edipo, pasa a ser el factor dominante. Podríamos ahora escribir la fórmula de la siguiente manera:

$$\text{Csc} = (-h) + p/d$$

donde d es dolor. Al ponerlo como denominador indicamos que si d supera a p, queda perturbado el hacer consciente. En ese caso se nos presenta una dimensión del yo que habitualmente está oculta y latente en la imagen; proponemos llamarla yo dolor. Como indica la fórmula será el despliegue de p (palabra) lo que elabora a d (dolor). Desde la más remota antigüedad explicar el dolor, darle sentido, ha sido un método para tratarlo (el otro es la supresión). Dad palabras al dolor, dice

el poeta, el dolor que queda sin palabras daña el corazón. Como fruto de nuestras intervenciones en la tarea de hacer consciente, que, como decíamos, implica un cambio en el yo, pueden darse dos desenlaces: la consciencia o el dolor y sus equivalentes, en general una mezcla de ambos de proporción variable. Consideramos como equivalentes de dolor y de afectos dolorosos fenómenos tales como el delirio (del que Freud decía que era como un intento de construcción), el trastorno orgánico, las actuaciones. Aunque suene muy esquemático puede decirse que con (+h) (imagen) trabajamos con interpretaciones, mientras que con d (dolor) lo hacemos con construcciones. (+h) corresponde a la metapsicología de los sueños, la transferencia en la palabra, palabra-síntoma, las formaciones de lo inconsciente; d corresponde al campo de lo actual.

Veamos que consistencia puede tener hablar de un yo dolor que, como creemos, está latente en la dimensión de imagen. En el mismo texto que menciona la experiencia de satisfacción, Freud describe su contraparte: la vivencia de dolor. Dice allí que la excitación dolorosa en el polo perceptual provoca una descarga por el polo motor. Tenemos entonces, de un lado el dolor, del otro una descarga motriz. Este modelo de dolor y descarga es el que luego va a usar en "Pulsiones y destinos de pulsión"

para hablar de un yo real inicial, previo en un sentido lógico, al yo placer que se organiza a partir de la asistencia materna. Lo explica diciendo que la descarga motriz permite una primera distinción entre un exterior y un interior ya que el dolor que no se alivia por la misma es interno y el que lo hace es de origen externo. Creemos que acá Freud se desliza del dolor a la descarga motriz para establecer la diferencia externo-interno como 'signo objetivo' de realidad porque necesita construir esos espacios como un paso previo que posibilite luego al yo placer cumplir su función de colocar lo malo afuera y lo bueno adentro. Pero, si desandamos ese deslizamiento, discutible desde muchos puntos de vista, nos queda el dolor como aquello que da un primer signo de existencia, y esto sí nos parece destacable.

Será luego, a partir de la asistencia materna, la imagen de satisfacción la que suspenda el dolor haciendo aparecer el placer. Hay una dimensión de continuidad entre el dolor y el placer. De todos modos lo que nos importa destacar ahora es otra cosa. Llama real inicial al yo porque puede distinguir interior-exterior de acuerdo a "signos objetivos", para eso se vale de la descarga motriz. El criterio que permite la distinción es el dolor. El yo placer también distingue interior-exterior, pero no lo considera real porque el criterio de distinción es el placer y la

imagen. Parece ser que Freud pensaba que el placer puede engañar pero que el dolor no engaña. Nos imaginamos el proceso mental en Freud de la siguiente manera: se encuentra con el dolor, como un primer signo de existencia, que lo lleva a hablar de un yo real inicial, 'dolor, luego existo' se podría decir, pero en seguida desplaza el criterio de realidad a la descarga motriz como posibilidad de distinguir el adentro del afuera según objetables "signos objetivos". Si bien Freud no vuelve a hablar de yo real inicial, en 1925 en "La negación", afirma que desde un principio hay realidad.

Al ser un primer signo de existencia podemos asociar el yo real inicial con un yo dolor. Si la imagen de satisfacción ya da un signo de existencia -el yo placer-, por qué no pensar que la vivencia de dolor también lo da?, -el yo dolor-. Imagen y dolor serían así signos de existencia, 'las sustancias del yo'. Con todo hay una importante diferencia entre ellas. La imagen da unidad y es una superficie, mientras que el yo dolor carece de unidad, es, por decir así, múltiple y puntual. Si identificamos al yo únicamente por su carácter de imagen unitaria puede objetarse hablar de un yo dolor. Pero si nos preguntamos qué hace que esa imagen unitaria se instale en el cuerpo de uno y no en el de otro o ande dando vueltas por ahí, como también a veces ocurre, podemos

pensar que es debido a estos núcleos de dolor. Desde esta perspectiva puede ser de interés considerar que el dolor da una consistencia al yo, aún más fundamental que la imagen de unidad. Podemos soñar con imágenes pero para despertar nos pellizcamos.

De lo dicho surge una asociación entre dolor y cuerpo que conviene profundizar. Así en “El yo y el ello” menciona el dolor como el proceso arquetípico por el cual tomamos noticias de cuerpo. El dolor constituye una de las dos dimensiones que componen al yo. De ese modo entendemos la frase de Freud “El yo es sobre todo una esencia-cuerpo”(yo dolor) “ ; no es sólo una esencia-superficie” (imagen).

El dolor como memoria

Desde Freud hemos quedado atrapados por metáforas como energía y fuerza que acotan la posibilidad de pensar. Así, si hay energía tiene que haber una máquina que la produzca, el cuerpo, y, como toda energía, debe tender a la descarga o a la transformación. El concepto de pulsión, por ejemplo, ha quedado impregnado de tales metáforas que determinan el modo de pensar. Si las metáforas trazan los caminos del

pensamiento podría ser de interés, entonces, el trabajo de sustituir las metáforas. El dolor, quizás, pueda darnos ocasión para ello. Partamos, en esta tarea, del planteo económico con que Freud explica el dolor.

En “El problema económico del masoquismo” encontramos otra reformulación del modelo dolor-descarga motriz. En este texto la descarga motriz será la derivación hacia el exterior de la pulsión de muerte, mientras que el dolor resulta de la pulsión de muerte no derivada que se liga a componentes libidinales configurando así el masoquismo erótico primario. El dolor es pues erótico, cosa que ya había adelantado en “Tres ensayos”. Pero, qué quiere decir que es erótico?.

En varias ocasiones habla del dolor como una reacción al trauma. Dice que el trauma deja una brecha psíquica, luego el aparato retrae investiduras de carga de todos los sistemas para aplicarlos en la zona de la brecha. La sobreinversión que así se produce es dolor, que resulta entonces una defensa al trauma. El carácter ‘real’ del dolor es producto de su relación estrecha con la vivencia traumática.

Esta descripción económica es aplicable también a la constitución de las zonas eróticas. Son los lugares marcados por el objeto, una suerte de cicatriz del desprendimiento de objeto; las investiduras de carga, como

en el caso del trauma, se concentran allí e 'inflaman' los bordes del agujero configurando la erogeneidad de la zona. Uniendo esta consideración a las anteriores se puede decir que el dolor, como sobreinvestidura, es lo primariamente erótico. El lugar del objeto perdido es ocupado por el dolor. Lo sexual florece allí donde ha habido trauma y tal vez el dolor es su primera expresión. Si pensamos que la cualidad erótica de la zona está dada porque ella guarda 'las memorias del objeto' podemos concluir que el dolor es memoria y es presencia. En la metáfora pulsional esto quiere decir que fuente y objeto coinciden, lo que define al autoerotismo. Esta coincidencia implica además una identificación yo-objeto: -yo dolor-. Si en la melancolía la sombra del objeto cae sobre el yo (como imagen unitaria), en este caso cae sobre la zona de dolor (yo dolor).

Tal vez sea útil cambiar de metáforas y, en lugar de hablar de energías y de descargas, hablar de presencia de memorias.

Si el dolor es memoria se puede pensar, siguiendo esa metáfora, que con su presencia ocupa el lugar del objeto perdido, una especie de neoformación que sobreviene al trauma. Es como el ejemplo del miembro fantasma, el dolor que se siente en una pierna amputada. Donde se perdió la pierna, ahora, hay dolor. Hay especies que

regeneran sus extremidades amputadas, tal vez el dolor es la sombra de este proceso, una presencia fantasma, la memoria viva del objeto. La construcción lleva a la palabra esas memorias.

El ejemplo que da Freud en “Construcciones en análisis” sirve para ilustrar lo que decimos: “Usted, hasta el año x, se ha considerado el único e irrestricto poseedor de su madre. Vino entonces un segundo hijo y, con él, una seria desilusión. La madre lo abandonó a usted por un tiempo, etc., etc.”. Colegimos que tal construcción parte de signos, enmarcados por una vivencia dolorosa como pueden ser los celos. Luego, la construcción despliega esas memorias estableciendo una historia..

Destaquemos dos cosas que se desprenden de lo dicho: el dolor es un signo de presencia y es memoria del objeto.

El dolor en la clínica

Con nuestras intervenciones en el trabajo analítico llevamos a un cambio en el yo.

Propusimos graficar este cambio mediante una fórmula:

$$\text{Csc} = (-h) + p/d$$

(+h) corresponde al yo imagen, el yo del narcisismo. En la esfera de éste se sabe sin saber. Así concebimos la Conciencia.

(-h) + p corresponde a la dilución (des-ilusión) del yo imagen, es el pasaje a la Consciencia, es el darse cuenta, un saber que sabe. Su emergencia produce un efecto de verdad.

Agregamos luego que este cambio implica una afectación del yo y frecuentemente, no siempre, va acompañado de dolor. Por eso incluimos en la fórmula a d como denominador de p. De ese modo queremos indicar que p puede ser dominante y d tender a cero o, a la inversa, p tender a cero y ser d dominante. En este último caso en lugar de p emerge d como efecto de verdad. Entonces hay 'dolor de verdad', como en Edipo. En ocasiones la 'única verdad' es un gran dolor como acontece, por ejemplo, en la hipocondría. Hay también equivalentes de dolor, es el caso de 'la verdad' de un delirio o la convicción que acompaña a una actuación. Cuando d es dominante el efecto de verdad aparece como certeza de ser; esto es así tanto en el dolor, en la hipocondría, el delirio o la actuación. En cambio, en (-h) +p el efecto de

verdad aparece como darse cuenta. En (+h) no hay efecto de verdad, hay ilusión de ser.

Con lo dicho volvamos al mito y a la cuestión planteada acerca de la relación entre verdad y dolor. En Edipo el efecto de verdad queda en d; se identifica en d (yo dolor). El 'dolor de verdad' que experimenta Edipo es una memoria inflamada que despierta un efecto de verdad, una certeza de ser, pero no llega a acceder a p, a darse cuenta. Ese objeto inflamado es a-social, queda excluido de la relación y comunicación intrapsíquica e intersubjetiva. Cuando es dominante, como en Edipo, la entrega al dolor es total. Los demás quedan excluidos de esa vivencia extrema, como espectadores de una tragedia compacta y condensada en el dolor. El sujeto está solo...con su dolor, el mundo queda excluido. Es la escena del incesto. Edipo se identifica a esa escena, es el incesto y como tal excluye y queda excluido. Sumergido en ese goce.

Veamos ahora, en un ejemplo clínico, la otra vertiente, cuando el efecto de verdad puede acceder a p.

Transcurre el mes de enero. A le anuncia a P el día en que lo dejará de atender debido a sus vacaciones. P escucha la noticia; está acostumbrado; sabe, desde que se analiza, que por esa fecha A toma vacaciones. La sesión continúa como habitualmente.

Al día siguiente P llega, se recuesta en el diván, y relata que está padeciendo un intenso dolor de muelas que lo llevó a tener que consultar de urgencia al dentista. Comenta entonces que el dolor parte de 'los restos' de un molar extraído hace ya muchos años. Agrega que la extracción fue producto de haberse partido ese molar mientras mascaba las patillas de un par de anteojos. Eso tuvo lugar durante las últimas vacaciones que había pasado con sus padres, siendo P adolescente. En todo ese tiempo, más de veinte años, no había vuelto a experimentar dolor. Estas asociaciones se continuaron con referencias a la voracidad de P y llevaron a desarrollar una construcción que podría sintetizarse del siguiente modo: A era el hueso duro de roer, el que excitaba su voracidad visual dejándolo excluido, mascando rabia. A, muy idealizado, le exige algo imposible que deja castrado a P, excitado en su voracidad, partiendo con sus dientes a A que a su vez se los parte a P. La partida de A (vacaciones) y el dolor de muelas eran esos objetos partidos. En el desarrollo que tuvo lugar a partir de la construcción desaparecieron las referencias al dolor. En este caso el efecto de verdad pudo pasar a p.

Valga este ejemplo para seguir aclarando el sentido que le damos al concepto -memorias-.

La memoria es de la sesión, aparece entre P y A. Encarnada en el dolor de muelas de P 'crea' los recuerdos que éste despliega en sus asociaciones - últimas vacaciones con sus padres, muela partida, patillas de anteojos -. Habitando la vivencia de A, la memoria 'crea' las palabras que la nombran en la construcción - voracidad, hueso duro de roer, mascar rabia, abandono, dientes partidos -. Como dice Borges "La palabra es memoria de hechos compartidos".

Memoria se diferencia de huella o de recuerdo. Huella y recuerdo ya son significación, memoria no lo es; es, si se quiere, lo que la posibilita. Habitualmente pensamos que están los recuerdos y la memoria los recupera, se trata entonces de una memoria del pasado. En cambio, al decir que desde la memoria se construyen los recuerdos hablamos de una memoria del futuro, creadora de formas. Desde el dolor construimos el trauma, la historia y la escena que da palabras al dolor. Esa construcción no es arbitraria, para que tenga efecto de verdad tiene que participar de una memoria común con el dolor. Pero no es una memoria del pasado, es memoria presente desde la que se construye un pasado y da lugar a un futuro.

También podríamos decir, la memoria crea al órgano que la encarna y crea al que le va a dar significación. Es otra metáfora que la de

investidura de órgano e investidura de objeto. Pero, decimos lo mismo con otras palabras?, creemos que no. La metáfora energética instala en el pensamiento la necesidad de un sustrato material como primer referente, sustrato que se carga y se descarga. Memorias, quizás, posibilita prescindir de ese referente. Algo parecido piensan los físicos actuales al considerar la estructura de la realidad como algo más parecido a una idea que a la materia. La figura actual que más se aproxima al sentido que le queremos dar a la palabra memoria es la de “los objetos fractales”, cuestión en la que hoy no podemos entrar.